

V A R I A

HOMENAJE A EDUARDO CARRANZA EN YERBABUENA

LA PATRIA SE CONGREGA ANTE SU POETA

El jueves 13 de febrero de 1986 se cumplió el primer aniversario del fallecimiento de Eduardo Carranza. En el deseo de exaltar la memoria de quien interpretó en forma admirable los sentimientos, los valores y los anhelos de los colombianos, se congregaron sus amigos en la Hacienda de Yerbabuena, sede del Instituto Caro y Cuervo. El homenaje fue promovido por nuestro Instituto, con la participación del Centro de Estudios Colombianos y de los Ministerios de Educación Nacional y de Comunicaciones.

El primer acto del homenaje fue una visita a la tumba del poeta en el cementerio de Sopó, a la cual concurren el señor Presidente de la República, doctor Belisario Betancur, miembros del Gobierno, del Instituto Caro y Cuervo y de otras entidades, además de doña Rosita viuda de Carranza, de sus hijos y de un nutrido grupo de amigos del escritor desaparecido. En nombre de ellos habló el doctor Ernesto Martínez Capella en los siguientes términos:

La familia de Eduardo Carranza y los íntimos amigos del gran poeta han manifestado, por el ilustre conducto de Belisario Betancur, su deseo de que este modesto y viejo amigo del maestro renueve su afecto hacia él, en este cementerio campesino, en este apacible ambiente aldeano, a donde en tropel emocionado y lloroso, confundidos con los grandes de Colombia, concurrimos hace un año a confiar a la tierra amada sus despojos mortales.

No estarán mis palabras sometidas a rigores académicos ni adornadas con esplendores literarios. Seré fiel a mi único título: el que me dan diez lustros de amistad cálida, sin ocaso ni eclipses. Protegido por ella conocí la bondad de su corazón, estreché diariamente su mano honrada y varonil, y capté las vibraciones de su espíritu iluminado siempre por ritmos y canciones.

En los albores de 1934 se reunía en Bogotá la Convención de Juventudes de Derecha. Concurrían las más brillantes figuras de la nueva generación nacionalista. Estábamos situados en cruda oposición al régimen dominante y nuestra pobreza económica contrastaba con la alegría de nuestra vitalidad desbordante. Mientras nuestros coetáneos liberales, convocados por la genial intuición de López Pumarejo, aparecían orondos en automóviles oficiales, nosotros pisábamos el polvo calle-

jero, llevando en alto la cruz latina y la efigie del Libertador. Actuábamos bajo el comando erudito y malgeniado de Gilberto Alzate y la rectoría literaria de Eduardo Carranza. Borrero Cuadros, desaparecido prematuramente, nos decía: "No podemos descansar mientras la patria se nos escapa de las manos como un papel en ventolera". Cuando la adversidad política se acentuaba, Carranza y Carlos Ariel Gutiérrez atenuaban el sufrimiento con geniales descubrimientos literarios. Eran los días de "Canciones para iniciar una fiesta" y "Delirábamos":

Alzas al sol los brazos — surtidores de gozo —
como al fin de una danza, y un azul alborozo
de ángeles te rodea y esbeltas melodías.

Sabes el alfabeto rosado de las rosas,
tu corazón columpia todas las mariposas
y cantan como pájaros en tu hombro los días.

El Piedracielismo había nacido y ponía estrellas luminosas en nuestra existencia. Publicaba Jorge Rojas su exaltación de la doncella dormida y Gerardo Valencia, "Corazón". Luego derramaba Carranza los tesoros encerrados en el "Soneto insistente", el "Soneto a Teresa" y el "Soneto con una salvedad".

Éramos cristianos y éramos bolivarianos. Nuestros programas nacían, como ya dije, al amparo de la cruz latina y la efigie del Libertador, que para Carranza era su "jefe único y único jefe". Todo el movimiento estaba impregnado del genio literario del poeta exultante. Las más graves deliberaciones políticas terminaban convertidas en recital poético. Cuando la inevitable hora del balance llegaba, nuestros adversarios se llevaban las curules y nosotros nos quedábamos con los sonetos. Vivíamos en pleno trance poético. Inclusive yo mismo, que nunca escribí versos, por lo cual Jorge Rojas y Carranza me llamaban "poeta manco y mudo". Encarilado el movimiento, por fuerza, en las vías políticas, Carranza siguió ligado a nosotros con su amistad y su lírica, pero marginado de la actividad sectaria.

La patria, desde luego, ejercía sobre él un dominio tiránico. En la mayoría de sus poemas hay eco de ese amor. Recordemos, como ejemplo, su hermosa "Lección de geografía", que bien podría ser nuestro himno nacional poético.

El tiempo pasaba y Carranza, arrullado por el amor y por la gloria literaria, comenzó a sentir la fuga de la juventud. Entonces el poeta se despidió de las muchachas:

Adorables de fruta y terciopelo
donde la tierra empieza a ser de cielo
donde el cielo es aroma todavía.

Dejad que al irme de la primavera
vuelva a miraros por la vez postrera
y os dé esta rosa de melancolía.

La poesía de Carranza — y de los grandes del Piedracielismo, como Jorge Rojas — tiene un fondo de subconsciente que le da especial resonancia anímica.

Podría casi decirse que el Piedracielismo es el psicoanálisis del Romanticismo.

Carranza hizo de su vida una epopeya del amor y de la poesía. La ternura fue una característica no solo de su conducta humana sino un elemento primario en su obra poética.

A orillas de este amor cruzaba un río;
sobre este amor una palmera era:
agua del tiempo y cielo de poesía.

Y el río se llevó todo lo mío:
la mano y el verano y mi palmera
de poesía. Oh, qué melancolía.

Amó mucho. Amó a Rosita y a sus hijos. Gozó profundamente con los éxitos literarios de María Mercedes, cuya revelación poética lo llenaba de orgullo. Sus recomendaciones para Ramiro y Juan eran una cartilla de lealtad a Colombia.

La fama de Carranza llegó a todos los sitios en que se habla español. En Chile Neruda, en célebre oración, lo proclamó la Frente Poética de Colombia. España, la gran España, lo adoptó con admiración y amor y lo situó en destacadísimo sitio del mundo literario hispánico.

Al lado de la actividad poética Carranza era gran escritor en prosa y pensador siempre atento a los males de la Patria. Cuando veía la Nación comprometida por la política, intervenía convocando a los intelectuales para tornar en su defensa.

En sus últimos años Eduardo vivía lleno de premoniciones y dialogábamos frecuentemente sobre la vejez. Yo le decía, con diagnóstico pesimista, que la vejez es una enfermedad progresiva irreversible y fatal. Cuando los achaques arreciaban buscaba él en el campo un consuelo. Amó al llano y le cantó hermosamente, estremecido por el temor de no poder volver:

Cuando ya el negro potro, tembloroso,
no me espere en la puerta de mi casa
donde mi arpa y mi lanza estén colgadas
y en la alta noche azul cante mi estrella
de capitán:

Quiero que bailes, bailes sobre el polvo
que ha de contar mi historia enardecida,
entre la luz y el viento que me oyeron,
sobre la tierra que nos vio, que bailes,
piernas desnudas, pelo delirante,
un galerón.

A pesar de su increíble resistencia orgánica, las enfermedades iban minando aquel organismo excepcional, y la fisiología se iba rindiendo inexorablemente a la adversidad patológica.

Diez años antes de su muerte, me dedicó el hermoso poema "El poeta pregunta por su vida" influido por Quevedo. Melancólicamente dice:

Temo, Eduardo, que te irás
sin saber a qué viniste.
Y ya se te nota el nimbo
del viajero.
Y ya en la puerta del polvo
estás.

Luego la famosa "Epístola mortal", que es casi un poema épico de la muerte, donde el poeta tiene la visión apocalíptica y el desfile de toda la humanidad que nos rodea. Desfile lúgubre y de intenso dramatismo.

En los últimos años el poeta Carranza llevaba una vida de gran austeridad, llena de privaciones, pero ya su organismo marchaba inexorablemente hacia el cataclismo histo-patológico.

Sin embargo me decía: "Mientras ame tengo esperanza". El amor era la principal dimensión de su vida y la principal terapéutica del cuerpo y del espíritu. Por eso siempre que íbamos a una fiesta, el poeta llevaba una rosa roja en la mano, y un verso tierno en el corazón.

Rosita, María Mercedes, Ramiro, Juan, Melibea, amigas y amigos:

Hemos venido a este campo, con olor de Patria — donde bajo el arrullo de los gorriones yace, como decía Fray Luis, a "la sombra tendido, de yedra y lauro eterno coronado" —, a conmemorar el primer aniversario de su viaje hacia la Patria Definitiva. Pero mientras exista el "viento de la Patria en la bandera", mientras "el río del amor nunca acabe de pasar", mientras "al oriente esté el llano inmenso y el solemne río" y mientras un coro de jilgueros cante en el corral de Apauta, el Poeta no morirá. Por eso esta reunión es en el fondo un acto alegre: celebramos su primer año de ingreso a la Vida de la Gloria.

Del cementerio de Sopó los oferentes se trasladaron a la Hacienda de Yerbabuena, en cuyo oratorio fue oficiada una misa concelebrada por el capellán del Instituto Caro y Cuervo y Jefe del Departamento de Historia Cultural, Monseñor Mario Germán Romero, y por el Padre Manuel Briceño Jáuregui, Jefe del Departamento de Filología Clásica, quien predicó la homilía que transcribimos a continuación:

Hace un año exacto pasó a la eternidad un poeta cristiano. Un año exacto. En la plenitud de su madurez literaria y humana. Pérdida irreparable para las letras nacionales y para la lengua española. Pero es la ley de la vida, y la existencia del hombre está en las manos del Creador. *Vigilad, pues*, dice el Señor, *porque no sabéis el día ni la hora* (Mt. 24, 42). Un motivo más para reflexionar.

"Todos estamos contra el paredón" — escribía el bardo llanero —, "los de Ayer, los de Hoy, los de Mañana [...]". Y todos somos antepasados de otros muertos [...]."

La Sagrada Escritura, por su parte, nos obliga a pensar muy hondamente cuando nos recuerda que está determinado que *hemos de morir una sola vez*

(Hb. 9, 27). Carranza comentaba, a su manera: "Somos arrendatarios de la muerte". Mas la experiencia de todos los días nos ha acostumbrado a ese interminable espectáculo de pañuelos blancos a este lado de la playa cuando despedimos a amigos, padres, hermanos... que se van.

Todo cae, se esfuma, se despide
y yo mismo me estoy diciendo a diós,

escribía Eduardo Carranza, quien *murió de poesía*. Precisamente en los instantes supremos —hace un año exacto— cuando partía, nos parece que se realizaba la misma escena descrita por él con su rico lenguaje saturado de imaginación y sentimiento:

Me sigue el tiempo, el tiempo, el enemigo,
el tiempo leñador que va talando
mis días como árboles.
Y en mi sombra ya llevo la noche que se acerca.

Y la noche llegó. Mas él —para emplear las palabras de un hermano suyo en poesía, el vate latino de Venusia—, "él no murió todo: gran parte de su ser evitará el olvido [...]". ¡El olvido! Carranza se impregnaba de tristeza al pensar que habría de quedar solo. Se contemplaba a sí mismo abandonado en el cementerio, donde su corazón quedaría enterrado "como una hazaña luminosa y pura", en una tierra sembrada de trigo, de rosales o simplemente de hierba. Y entonces, solitario, se imaginaba que nadie lo lloraría, nadie lo recordaría, fuera de una palma en el llano...

Mas esto no es verdad. Si el tiempo "pasó sus años a cuchillo", Eduardo Carranza seguirá tenazmente aferrado a la memoria de los hombres de habla hispana: su obra poética, su mundo de fantasía, de ensueño, transparencia y amor revive en cada página de sus libros con sus cantos al agua, al paisaje, al mar, a la niebla, a la ola, a la barca, al aire, a la mujer... como las vio y como las amó el poeta.

Pero aún hay más. En Carranza hallamos otra veta recóndita que no debemos pasar por alto, la más trascendental ante la muerte: es el cristiano, el hombre de fe. Y aun cuando se dolía de que "el polvo es nuestra cara verdadera", refiriéndose a la vida de acá, calificada por este felibre de Apiay de "hermosa y triste", él bien sabía que la verdadera, la auténtica es la otra, la del más allá, la que está viviendo ahora, como esperamos, por la misericordia de Dios.

Cuanto existe en el mundo, las flores, las guitarras,

la gloria en su corcel desenfrenado,
y la sonrisa que ya es ceniza,
el actor y las reinas de belleza
con su cetro de polvo...
...el Nuncio, el Arzobispo, el Santo Padre
hacia su muerte caminando van.
Nadie les grita: ¡detened el paso!

que ya estáis en la orilla: el precipicio
 que cae sobre el Reino del Espanto,
 y en cada paso vais hacia el ayer
 y de un momento a otro cae el cielo
 hecho trizas sobre vuestras altezas...

Frente a ese enigma doloroso no hay otra luz que ilumine el camino sino la fe que enciende nuestra esperanza. El propio bardo del Meta, creyente desde la infancia aun cuando no se prodiga en cantos religiosos, supo también orar, supo mirar con ojos suplicantes al Redentor en la cruz e implorar su misericordia:

No más mi lanza de lujuria en tu costado,
 ni mi hiel en tus labios, ¡oh Cristo desgonzado!,
 ni mi ausencia de olvido en tus pupilas solas;
 tenazas de mi grito, escala de mi llanto
 suban entre las manos angustiadas del canto
 a desclavar tus manos que apaciguan las olas.

Y en la *Oración para ir al cielo con los asnos* repite ingenuamente con Francis Jammes:

Y cuando llegue el tiempo de viajar a tu reino
 de los lípidos ríos por los valles serenos,
 que sea un día azul de campanas y fiesta
 y por los campos ande la verde primavera
 alzando nubecillas de polvo; y, lo mismo
 que hice en la tierra siempre, quiero también, Dios mío,
 escoger mi camino para ir al Paraíso
 en donde las estrellas se ven en pleno día.
 Tomando mi bastón me iré por el camino
 y así diré a los asnos, mis mejores amigos:
 Soy Eduardo Carranza, y voy al Paraíso...

El poema continúa en esa tónica, y acaba con esta súplica:

Pero haz que al reflejarme en las divinas aguas
 allá en tu Paraíso y apoyado en mi arpa,
 sea idéntico a los asnos que mirarán también
 reflejada su dulce y cándida pobreza
 en el espejo puro de tu bondad eterna,
 Dios mío, por los siglos de los siglos. Amén.

También nosotros terminemos con una oración por el poeta cristiano para que Dios tenga piedad de su alma y lo reciba en el anhelado Paraíso. Así sea.

Terminada la misa, todos los asistentes se dirigieron al Paseo de los Poetas, frente a la casa de la Hacienda, en el cual se levantan las efigies marmóreas de Rafael Pombo, Jorge Isaacs, Diego Fallon y José Asunción Silva. Allí el Presidente de la República y la viuda del poeta procedieron a descubrir un busto de Eduardo Carranza. La escultura, en bronce, es obra del artista español Emilio Laíz Campos¹, quien la ejecutó, del natural, en Madrid, en el año de 1955, época en que el vate colombiano residía en la capital de España. En la parte inferior del bronce el escultor grabó esta inscripción: "Al Poeta Hispánico Eduardo Carranza. E. Laíz Campos 1955". Conservada por muchos años en su casa, esta soberbia imagen del poeta fue donada por su viuda y por sus hijos al Instituto, con ocasión del homenaje que reseñamos, para ser colocada en el sitio que hoy ocupa.

Descubierto el busto, el Director Encargado del Instituto, doctor Ignacio Chaves Cuevas, pronunció este discurso:

Las palabras cada día nos resultan más imperfectas y nos comunican menos, mas la palabra del poeta, la palabra del poema, se recrea y se reinventa, crea e inventa el mundo y se hace tiempo. Es a través de esta mágica función como la lengua poética nos torna, torna al lector, en protagonista del poema. Entonces la muerte, el amor, la patria, la amistad, la soledad, el sueño, la nostalgia, la melancolía, en fin, el preguntarse por el sentido de la existencia toda dejan de ser meros tópicos literarios para trocarse en auténticas páginas ilustradas de nuestra propia geografía personal.

Cuando el poema trasciende lo meramente anecdótico, lo puramente formal y hechizo, supera la retórica vacua, la "idolatría de las apariencias", para enriquecer el río de la historia, para ser historia enriquecida. Es así la obra de Eduardo Carranza, señalado capitán de la generación lírica más importante de las letras colombianas.

La obra de Carranza, nutrida de tiempo y sensorialidad, es una manera de testimonio de un auténtico hombre de su siglo; el testimonio del ser que con mente limpia bucea en la realidad, en su realidad, en la realidad de su mundo en busca de la síntesis salvadora. El concepto de lo hispánico universal, la concepción de la patria —entendida no sólo como el ente geográfico sino como el acervo cultural todo—, el encuentro con la biografía regional y hasta el afán terruñero son otros tantos testimonios de esa búsqueda inclemente.

¹ Emilio Laíz Campos nació en Vicálvaro (Madrid) el 27 de diciembre de 1917 y reside actualmente en la Calle Sagasta, 3, de Madrid. Fue alumno de don Federico Coullaut Valera. En 1943 se presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Participó, en 1951, en la I Bienal Hispanoamericana, en Barcelona; en el año de 1954 presentó su obra en la II Bienal Hispanoamericana, en La Habana. Expuso igualmente en la III Bienal Hispanoamericana, en Barcelona, que se celebró en el año de 1955. Está catalogado entre los últimos realistas militantes de la escultura española contemporánea.

En este dilatado destierro humano, su voz y su obra nos ayudan en la incesante lucha por la vida y contribuyen a explicar esta enigmática serie de insignificantes signos que no podemos comprender.

Sabía bien el poeta que el hombre nada se lleva, que parte como vino, con las manos vacías, pero se niega a aceptar el que a lo largo del trayecto no podamos en manera alguna construir la paz y la palabra. No quiere tolerar el que de una herencia dispersa no podamos realizar un cabal inventario del mundo.

Por todo ello, y por tanto, por tanto más, hoy estamos reunidos sus amigos bajo su sombra fecunda, para decirnos sus recuerdos, para recibirlo en esta su tierra de Yerbabuena a la que quiso tanto y por la que tanto hizo. Aquí, en esta nostálgica hacienda legendaria, se gestaron no pocos de sus versos y de sus crónicas literarias y de sus comentarios críticos. Dios sabe en cuántas ocasiones, colmada ya la alta noche sabanera, su persona y sus palabras fraternales nos hicieron compañía y nos dieron consejo para el viaje cotidiano.

Nos hemos congregado tus amigos, maestro Eduardo, para decirte a plena voz, en esta "Tarde de Yerbabuena", que tu amistad y tu poesía nos acompañan, nos fortalecen y nos honran, que seguimos escuchando tus noticias de las nubes, de los árboles, de los ríos y de las muchachas de la patria. Que tus afanes y tus sueños, figurados de nostalgia y de melancolía, son también los nuestros.

Querido maestro: estamos convencidos que en este tu Instituto de siempre, volverás a soñarte y a desandar el pasado y a recobrarlo "beso a beso", "sombra a sombra", "sueño a sueño".

Aquí tus amigos de entonces y de ahora (Félix, José Manuel, Rafael, Fernando, Francisco, Ramón, Luis, Ricardo, Carlos, Ignacio y tantos otros) te estamos saludando, recostados sobre el tiempo, y te decimos como ayer: ¡Bienvenido a Yerbabuena!

Al descubrir este busto del poeta, quiero, pues, dejar testimonio de afecto al amigo y al maestro, y de agradecimiento, en nombre del Instituto Caro y Cuervo, a su distinguida y querida familia, por la espléndida donación que premia y enriquece la historia y el patrimonio de la institución.

Acto seguido, la Ministra de Comunicaciones, doña Noemí Sanín Posada, oficializó el lanzamiento de la estampilla que en homenaje a Eduardo Carranza emitió la Administración Postal Nacional. La estampilla, o sello de correos, presenta el retrato del poeta elaborado por el pintor Carlos Dupuy. El tiraje fue de un millón de unidades. Los sobres o cubiertas del primer día fueron firmados por el Presidente de la República, por las directivas del Instituto, por los poetas piedracielistas y por otras personalidades asistentes. La Ministra de Comunicaciones manifestó lo siguiente:

Este pequeño retrato del poeta Eduardo Carranza, contenido en un sello postal, quiere el Gobierno de Colombia que llegue a todos los hogares y a todos los lugares de trabajo donde se recibe una carta, como augurio de que en ella vayan buenas noticias y de que sea un acto de amor digno de la vida y de la obra poética de ese gran colombiano.

Si alguien amó a Colombia hondamente, ese fue Carranza. Gran poeta, tenía una capacidad amorosa inmensamente mayor que la de la generalidad de sus conciudadanos. Y todo ese torrente de comprensión inteligente y de sensibilidad estética admirable lo volcó sobre los hombres heroicos y las mujeres hermosas, al menos

vistas así por sus generosos ojos, sobre los ríos y los valle cálidos por ellos estampados, sobre su potro llanero y sobre los árboles y las flores amadas que antes de él casi no habían tenido matrícula en la literatura de la patria. Cuántos maravillosos talentos colombianos vagaban desterrados en el oriente y en la Hélade, en los desiertos africanos o en las mitologías romanas antes de que llegara a nosotros este robusto cantor de nosotros mismos, el primer grande aeda nacido en los Llanos del Oriente, invasor de las ciudades andinas para colmarlas de genuina armonía inédita, innovadora y desconcertante.

En "los que están pero quizás no están" Carlos Martín, llamado El Viejo, sobreviviente con Jorge Rojas y Gerardo Valencia de ese grupo histórico que transformó la literatura colombiana "Piedra y Cielo", canta así la memoria fresca aún de Eduardo Carranza:

Sin sombrero, ni amigo, ni guitarra,
Eduardo vino de los Llanos, solo,
con el alba, la frente levantada,
con un libro de versos bajo el brazo
y las alforjas llenas de árboles frutales,
de mariposas, trenzas, caballos al galope,
un tigre, un lirio, el piano de la abuela
y algunos viejos ejemplares
de *La Moda Ilustrada*.

Como no se trata ahora de un análisis crítico sobre los valores de la poesía carranziana, que ya ha habido y habrá quienes lo han hecho y harán muy cabal, no resisto la pequeña tentación vanidosa de descender a la anécdota mostrando uno de los varios telegramas dirigidos por Eduardo al Ministerio de Comunicaciones, en su simple calidad de ciudadano que hace uso del derecho de petición, pero no ciertamente como un ciudadano cualquiera sino en todo como un poeta altísimo, y no como quien reclama en cualquier forma, sino como quien puede y sabe hacerlo con la gracia que no a todos es dada. Dice así el telegrama fechado en el municipio de La Unión, Cundinamarca:

"Mi suspirada Nohemí bella entre todas las muchachas estoy en Telecom de esta aldea encantadora *Punto* Me parece que la Emisora de Fómez llamada Ondas del Muscuca se burla de tu Ministerio y de mi Poesía pues desde mayo enviamos con tu padre un memorial que sigue en trámite *Punto* La Emisora sigue infiltrada en los teléfonos de la región y las comunicaciones son bailables e inaudibles *Punto* Los vecinos desesperados e impotentes elevamos de nuevo ante ti nuestras protestas y nuestros corazones *Punto* Te dedico el sol de esta mañana y prendo en tus cabellos otro jazmín suspirante".

En aquel balcón de Cáqueza, en el Llano de El Venado, en el pájaro turpial, en la vaca de nombre *Flordehada* "y el caballo *Lucero* que llevaba al viento y a la guerra, y la prima Morena que después fue *Altanube*, soñando sola bajo las palmeras..." y en "la hamaca que el sueño navegaba" seguirá el recuerdo del poeta.

Eduardo estuvo en España y soñó con España, sirviéndole siempre a Colombia, en Chile y cantó a toda nuestra América sin desprender los pies de Colombia, se sentó en la Alhambra, pontificó desde este palacio de alfeñique, se dijo por quien sabe que era arábica su poesía, pero nosotros sentimos y afirmamos que en Chile

o en toda América, en toda España o en la Alhambra, Eduardo Carranza fue siempre Colombia, y a todo el pueblo amado y cantado por él queremos llevar su efigie optimista y promisorio hecha por Dios para todos nosotros con sólo el limo de Colombia y la luz de nuestras propias estrellas incontables.

De acuerdo con el programa anunciado, los invitados pasaron al salón principal del Instituto para participar en el almuerzo ofrecido por el Centro de Estudios Colombianos. Su director, doctor Alberto Dangond Uribe, se refirió al sentido del homenaje con significativas palabras y presentó una cinta fonóptica con imágenes evocadoras del gran poeta colombiano y con la voz de Carranza, en una grabación de su "Epístola mortal".

Acabada la proyección de la cinta fonóptica, el poeta Jorge Rojas, compañero de Carranza e iniciador del movimiento de Piedra y Cielo, declamó la composición llegada a su inspiración en la madrugada de ese mismo día, 13 de febrero, titulada *La tredecima del aniversario*:

¡Eduardo, amigo, compañero, hermano,
se te caló el transcurso entre los huesos
y hasta la entraña de la tierra el canto!

Las estrelladas noches las recuerdo
cuando juntos los hombros o las alas
se nos caía el alma entre los versos.

Una gota de sangre que pasara
por las venas, llevaba hasta la frente
en sílabas de amor cada palabra.

¿Me llamas a encontrarnos como siempre
en un triunfo, en la voz, en una espina
o en los collados de la poesía?
No sé, ya voy. ¡Espérame en la muerte!

JORGE ROJAS

Madrugada del 13 de febrero de 1986.

Por su parte, el señor Embajador de España, D. Manuel García Miranda y Rivas, en feliz y gallarda improvisación, manifestó los sentimientos de afecto y admiración que todos los españoles profesan y seguirán profesando por Eduardo Carranza, quien supo exaltar lo colombiano-americano-español.

Así el Gobierno y el mundo académico e intelectual de Colombia y de España cumplieron su cita reverente ante la memoria de Eduardo Carranza, príncipe de la inteligencia y de la cultura colombiana e hispánica.

Ese mismo día, 13 de febrero de 1986, el diario *El Tiempo*, de Bogotá, publicó el siguiente editorial, que en su concisión lapidaria hace honor al periódico y a la mejor tradición de Colombia:

CARRANZA

Hace un año ya, pero parece que apenas hubiera sido ayer, tan intensa es su presencia intelectual entre nosotros. Eduardo Carranza nos dejó en un día como éste, con un tibio sol de febrero, las nubes celestiales y "el viento de la patria en la bandera". Se apagó ese día una de las voces líricas más grandes que haya dado la literatura española; la voz de un hombre que era todo corazón y sentimiento y amistad. Carranza fue un poeta que con su esplendorosa obra literaria marcó un camino en las letras nacionales. La historia lírica de Colombia se divide en dos partes, antes de Carranza y después de él.

Toda una generación, la de "Piedra y Cielo" (Juan Ramón Jiménez presente, él también, en esta renovación poética), escribió un capítulo inolvidable en nuestras letras. Todo ello bajo ese magisterio tácito de Eduardo Carranza, un llanero llegado a Bogotá pero en cuya retina se escondía la grandeza de su tierra, y que con sus versos llenos de magia encendió el corazón de todos quienes lo leían. En este primer aniversario de su muerte, y en su distancia eterna, Eduardo Carranza ve con legítimo orgullo que los colombianos estamos lejos, muy lejos, de haberlo olvidado.

YERBABUENA, MONUMENTO NACIONAL

Con ocasión del homenaje a Eduardo Carranza, en el primer aniversario de su fallecimiento, a instancias del Instituto, el Gobierno de Colombia declaró "monumento nacional" la "Hacienda de Yerbabuena", mediante el siguiente decreto:

REPÚBLICA DE COLOMBIA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

DECRETO NÚMERO 505 DE 1986

(13 de febrero)

*Por el cual se declara monumento nacional
la antigua Hacienda de Yerbabuena.*

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

en ejercicio de las facultades que le confiere la ley 163 del
30 de diciembre de 1959 y